

BOLETIN

DE LA

Academia de Ciencias Políticas y Sociales.

Noviembre - Diciembre de 1963 - Febrero 1964

Nro. 27 - CARACAS - VENEZUELA Año XXVII

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PROF. AUGUSTO
MIJARES, EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS POLITICAS
Y SOCIALES, EL DIA 30 DE SETIEMBRE DE 1963.**

Señores:

Venimos hoy a entronizar espiritualmente en esta Academia a aquel que no quiso trono, porque "el título de Libertador —dijo— es superior a todo lo que ha inventado el orgullo humano... Libertador es más que todo; y por lo mismo, yo no me degradaré hasta un trono". Pero he empleado adrede esa expresión de entronizar, no para hacer una antítesis efectista con la arrogante decisión del Libertador, sino porque ésta nos lleva de la mano al núcleo mismo de sus convicciones políticas. Bolívar rechazó el trono, no solamente porque lo considerara reñido con la profunda conciencia democrática del pueblo venezolano; no solamente porque apreciara cuán extravagante era levantar cuatro tablas forradas de terciopelo sobre la miseria a que nos había reducido la guerra. .Esas razones que él dio no fueron sino la racionalización —como en otro sentido diría la psicología actual— de un sentimiento mucho más profundo, que aparece por doquiera en sus cartas y confi-

dencias. Y era éste: que no quería separarse, bajo el falso brillo de aquel título, de su condición fundamental de criollo venezolano; que no quería desligarse del ímpetu colectivo de donde había salido la gran empresa de la emancipación americana; que no quería cambiar el título de Libertador, que venía de la entraña de esos hechos, por una corona importada de Europa. Tuvo el orgullo de ser original en sus concepciones políticas, y cuánto bien nos hubiera hecho esa lección si hubiéramos sabido interpretarla!

En otro análisis que recientemente hice de las ideas bolivarianas, me complacía observar la frecuencia con que aparecen en Bolívar razones de índole moral para decidir de su propia conducta y para juzgar acerca de hombres y acontecimientos. Hoy quisiera destacar otra peculiaridad de su carácter, que tampoco ha recibido suficiente estudio. Me refiero a esa íntima compenetración de Bolívar con el medio de donde había salido; a la espontaneidad con que en sus juicios para la historia, insiste en lo que debe a amigos y colaboradores, y él asume únicamente el papel de representarlos a todos.

Es la expresión que emplea, literalmente, cuando en 1825 da la bienvenida a su tío don Esteban Palacios, que acaba de llegar a la patria. Lo primero que este hecho suscita en él es el recuerdo de todo lo que Venezuela ha padecido. "Ud., se encontrará en Caracas —le escribe— como un duende que viene de la otra vida y observará que nada es de lo que fue. Ud. dejó una dilatada y hermosa familia: ella ha sido segada por una hoz sanguinaria; Ud. dejó una patria naciente que desenvolvía los primeros gérmenes de la creación y los primeros elementos de la sociedad; y Ud. lo encuentra todo en escombros... todo en memorias. Los vivientes han desaparecido: las obras de los hombres, las casas de Dios y hasta los campos han sentido el estrago formidable del estremecimiento de la naturaleza. Ud. se preguntará a sí mismo, ¿dónde están mis padres, dónde mis sobrinos? Los más felices fueron sepultados den-

tro del asilo de sus mansiones domésticas; y los más desgraciados han cubierto los campos de Venezuela con sus huesos, después de haberlos regado con su sangre... por el sólo hecho de haber amado la justicia". Y después de haber evocado esa atroz devastación, cuando debe hablar de sí mismo, apenas dice: "Yo he recogido el fruto de todos los servicios de mis compatriotas, parientes y amigos. Yo los he representado a presencia de los hombres; y yo los representaré a presencia de la posteridad".

Dentro de ese sentimiento de solidaridad con todos; de agradecimiento a todos, no desdeña a los más humildes. Presente tiene siempre, en su mente, la imagen de los que con él han ido superando privaciones y peligros. En unas confidencias al General Salom, le dice: "¿Recuerda usted, Salom, la alegría del ejército cuando en Betoyes se le racionó de plátanos? Puede decirse que hacía dos días que no comía. Ese ejército, sin embargo, no se quejaba. Seguía proporcionando la constancia a los trabajos, porque se le había dicho que iba a destruir a los tiranos. Cuando se escriba la relación de nuestros combates y se cuenten los prodigios del valor de nuestros soldados, su aliento en todas las adversidades, la historia antigua, llena de héroes y de pinturas exageradas, perderá gran parte de su importancia porque se verá excedida con verdad!"

Qué admirable expresión: "proporcionando la constancia a los trabajos". Porque él y ellos, a medida que la lucha se hacía más despiadada y dura, se hacían más perseverantes y valerosos. Eso significaba proporcionar la constancia a los trabajos; la historia de aquellos seis largos años, desde los primeros fracasos en 1814 hasta que en Boyacá vuelven a abrirse las vías de la victoria. Pero ese igualar la constancia a los trabajos, que era el secreto de sus triunfos, la síntesis de su propio carácter, él no lo ve sino en sus soldados. Y el hombre que así sentía, ¿iba a cambiar el título de Libertador, que desde esas admirables muchedumbres había subido hasta él como una aclama-

ción, por un caduco título de Rey? Como Libertador era el primero entre aquellos héroes que con orgullo sentía iguales a sí mismo; como Rey, habría sido el último en una procesión de pálidos fantasmas.

Pero se necesitaba grandeza para verlo así. ¿Acaso en la historia posterior de Hispanoamérica no hemos visto, con harta frecuencia por desgracia, que las más fútiles satisfacciones de la vanidad han cegado a nuestros gobernantes? ¿No es esa, casi siempre, la razón de que traicionen al pueblo de donde han salido?

Con tanto ardor deseaba Bolívar enaltecer a aquellos anónimos compañeros de sus verdaderas glorias, que a menudo ese sentimiento le transforma mágicamente la realidad que lo rodea. Así cuando, para reprender a su sobrino Anacleto Clemente, le pone como modelos a los llaneros que —afirma— “se han hecho caballeros”. “¿No te da vergüenza —le escribía— ver que unos pobres llaneros sin educación, sin medios de obtenerla, que no han tenido más escuela que la de una guerrilla, se han hecho caballeros; se han convertido en hombres de bien; han aprendido a respetarse a sí mismos tan sólo por respetarme a mí? ¿No te da vergüenza, repito, considerar que siendo tú mi sobrino, que teniendo por madre a la mujer de la más rígida moral, seas inferior a tanto pobre guerrillero que no tiene más familia que la patria?”

Otro delicadísimo acierto: hasta entonces a aquellos hombres se les mencionaba como “los hijos de nadie”; en los fríos registros de la República figurarían como “de padres desconocidos”; Bolívar rechaza la denigrante clasificación y encuentra para ellos la más fina perifrasis que ha podido inventar el afecto: “tanto pobre guerrillero que no tiene más familia que patria”, dice.

En todos los países a donde lo llevó su empresa emancipadora, puso igual atención en el abandono que sufría el pueblo, y exaltaba como ejemplo sus servicios. Cuando en

1819, después del paso de los Andes, su ejército harapiento encuentra acogida en la Nueva Granada y, según la narración de Anzoátegui, hasta las mujeres se despojaron de sus vestidos para hacer ropa interior que abrigara a los soldados, Bolívar pondera ante el Congreso aquella abnegación y dice: "El pueblo de Nueva Granada se ha mostrado digno de ser libre. Su eficaz cooperación reparó nuestras pérdidas y aumentó nuestras fuerzas... Este pueblo generoso ha ofrecido todos sus bienes y todas sus vidas en aras de la patria". Y cuando al comenzar la campaña del Perú observa la triste condición de los esclavos, se apresura a ordenar protección para los que quieran cambiar de dueño, les asegura que el Gobierno vigilará por ellos "tengan o no tengan razón", según se asienta en la circular que sale de su Secretaría, y condena con airadas palabras la ignominiosa institución que los oprime. Pero, naturalmente, cuando vuelve sus miradas hacia el pueblo venezolano, su simpatía y su agradecimiento encuentran los acentos más conmovedores: "deseo con ansia —escribe en 1828— mejorar la suerte del pueblo de Venezuela... el pueblo está tan miserable, que es preciso aliviarlo a todo trance".

También por eso, cuando se hablaba de los defectos o las faltas de aquellos combatientes, los defendía con calor. Santander acusa ante él al Coronel Antonio Rangel y Bolívar le responde: "No hemos necesitado de Nonato ni de Piar, pero sin Rondón, que vale más que aquéllos, yo no sé lo que hubiera sido en Vargas. Es necesario ser justos: sin el valor de Piar la República no contara tantas victorias, sin el valor de Nonato y de sus compañeros no vivirían muchos ilustres patriotas. Ahora mismo, con sus defectos, Rangel nos está sirviendo y pronto nos servirá mucho más".

Si bien en la guerra se muestra inflexible en tomar para sí la dirección y la responsabilidad, siempre estuvo dispuesto en el reparto de glorias y recompensas a despersonalizar su obra y a darle puesto en ella a todos sus colaboradores

En ese sentido bien podríamos decir que Bolívar fue el primer historiador que tuvieron nuestros héroes populares; en sus cartas, antes que en ningún texto de historia, aparecen glorificados los Nonato Pérez, los Aramendi, los Infante, los Carvajal, que a pesar de sus defectos —frutos del abandono en que habían vivido— ganaron tantas victorias para la República; los que como Rondón, tanto dieron y recibieron tan poco; las anónimas mujeres granadinas, que se despojaban de sus vestidos para abrigar a las tropas; aquellos soldados, que según recordaba a Salom, se alegraban como niños cuando podían recibir siquiera una ración de plátanos. Sin olvidar tampoco a los extraordinarios extranjeros, que como Roock, daban su vida sonriendo; o como O'Leary y Vowell, compartieron valerosamente las penalidades de los criollos y después sólo las recordaron para enaltecer al pueblo venezolano y a su glorioso conductor.

Cuando se trata de los que podían “rivalizarlo”, según la expresión con que consagra a Sucre, se muestra así mismo sin sombras de envidia o de celos, y dijérase que los toma del brazo para entrar juntos en la inmortalidad. A Peñalver le reconoce públicamente que por sus consejos reunió el Congreso de Angostura. A Páez lo elogia sin descanso, desde sus primeros encuentros hasta los angustiosos días de la disolución de Colombia, en que le confía la unificación de Venezuela y escribe a sus amigos: “Más vale estar con él que conmigo, porque yo tengo enemigos y Páez goza de opinión popular”, sacrificio sin igual éste, al cual debe Venezuela no haberse anarquizado en 1830. A Urdaneta, que después de tantos servicios nada ha reservado para sí, le ofrece por dos veces la mitad de su fortuna, y se acongoja, como si se tratara de un hermano, por el incierto porvenir que espera al hombre de las responsabilidades. A Santander lo señala después de Boyacá como “otro Bolívar” y reiteradamente le atribuye más tarde la organización civil de la República. A Sucre lo ve surgir con el alborozo de un de un padre: “Como Dios le dé una vic-

toria —escribe— será mi rival en sucesos militares, porque del Ecuador para el Sur lo habrá hecho todo hasta el Potosí”, y cuando participa a Santander el triunfo de Ayacucho, no vacila en decir: “Sucre ha ganado la más brillante victoria de la guerra americana”.

Hasta el mérito de sus virtudes íntimas lo cede el Libertador: a su maestro, “Ud. formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso”, le reconoce a don Simón Rodríguez.

¿Pero qué mejor glorificación para el mismo Libertador, que ésta de verlo rodeado de tales segundos, y que el agradecimiento de la posteridad, guiado por él mismo, unas veces se detenga en Sucre, otras en Juan José Rondón, unas en Santander, otras en Páez, y tanto es de admirar en ese cuadro la muchedumbre de los soldados anónimos como las figuras severas de Peñalver o de Urdaneta?

Así vivió él y esa es la imagen que nos quiso dejar de su personalidad: no la de un relamido Rey; no la de un político cauteloso; Libertador “es más que todo”, porque a la vez que representa el tumultuoso ímpetu popular, simboliza a ese mismo pueblo cuando se hace pureza en Sucre, abnegación en Urdaneta, talento en Santander, sabiduría en don Simón Rodríguez y en Peñalver, y valor en Páez.

Señores:

Quizás de acuerdo con la índole de esta Academia, he debido hablar en esta ocasión de las ideas políticas del Libertador. ¿Pero qué valen los textos analíticos que podríamos citar, en comparación con ese maravilloso fluir de los sentimientos, que en sus cartas nos deja ver al Libertador como si a nosotros mismos se dirigiera con su entusiasmo y sus reproches?

La petulancia o la mala fe han desnaturalizado a menudo las ideas bolivarianas, para destilar pesimismo sobre la conciencia nacional o para justificar formas de gobierno

egoístas y brutales. Cuando, por el contrario, evocamos cómo vivió Bolívar y cuáles eran sus sentimientos cotidianos, tiene que parecernos simplemente ridículo ese ajetreo de roedores en que se complacen aquellos intérpretes de sus doctrinas. Jamás Bolívar reclamó para sí ventajas ni halagos, ni renegó de la patria porque le tocara lo más amargo de sus desdichas. No había templado su carácter para medrar o perseguir, sino para la misión de servicio y enseñanza que consideraba inherente a su primacía. Hasta en el momento de la última crisis, cuando próximo ya a desaparecer, se lanzan sobre él y sobre su obra los aprovechadores, cuando hasta su ciudad nativa parece que lo abandona, encontramos en sus palabras el testimonio de aquella inquebrantable elevación del ánimo. "Yo no puedo vivir —clama en agosto de 1829— bajo el peso de la ignominia que me agobia, ni Colombia puede ser bien servida por un desesperado, a quien le han roto todos los estímulos del espíritu y arrebatado para siempre todas las esperanzas"; pero cuando tiene que referirse a los venezolanos que le ofenden, escribe: "Diré, no obstante, que no les aborrezco, porque estoy muy distante de sentir el deseo de venganza, y que ya mi corazón los ha perdonado, porque son mis compatriotas y, sobre todo, caraqueños...".

Hoy necesitamos más que nunca de aquel perdón de Bolívar, porque mil veces peor que los dicterios que cayeron entonces sobre él, es nuestra culpa por haber abandonado su obra. Como un trueno debiera rodar de un extremo a otro del país la acusación que hacía a su sobrino Anacleto y que, bajo nuevas formas, debe hoy hacerse oír y despertarnos: ¿no les da vergüenza que la negligencia de unos y la concupiscencia de los otros se hayan confabulado para hundir en el desorden y en la miseria, para envilecer con el odio y la mentira, al pueblo que tuvo como virtudes supremas la abnegación y el patriotismo? ¿No les da vergüenza que rodeados ustedes de honores y satisfacciones, traicionen a los que no tienen más amparo que la Patria?